

tándole la educación de su hijo que, siendo soberano menor de un principado dependiente del Imperio, iba á pasar bajo la tutela del jefe comun de la familia imperial, de Napoleón mismo. Este conmovido, á pesar de tan locas interpretaciones, por el estado de su hermano, consintió en oír hablar de otro ajuste que el de la incorporacion de su reino á Francia; ajuste que, cambiando la frontera, confirmando á la autoridad francesa la custodia de las costas de Holanda, obligando á ciertos armamentos, pudiera producir algunos de los grandes frutos que se proponía en su mente.

Poseyendo hasta aquí Francia á la Bélgica sin la Holanda, separábase la frontera del Rhin por mas abajo del Wesel, pasaba el Mosa entre Grave y Venloo, dejaba fuera el Brabante Setentrional y se unia al Escalda por mas abajo de Amberes, con lo que figuraban como de Holanda, no solo el Wahal, sino el Mosa y el Escalda Oriental, que siempre le habian pertenecido. Al dejar la Holanda á su hermano, quería ahora Napoleón rectificar la frontera, tomar por línea divisoria el Wahal, nombre del principal brazo del Rhin luego que entra en Holanda; fijar después el Hollands Diep y el Brammer por límite extremo, lo cual hacia pasar bajo la soberanía de Francia la Zelanda, las islas de Tholen y Schowen, el Brabante Setentrional, parte del Guedra, la isla de Bommel, las importantes plazas de Berg-op-Zoom, Breda, Gertruidenberg, Bois le Duc, Gorcum, Nimega, es decir, la quinta parte de la población de la Holanda, poco mas ó menos cuatrocientas mil almas del total de dos millones, y posiciones mas importantes aun que los pueblos que pasaban á súbditos del Imperio.

Ademas de este cambio de fronteras queria Napoleón que hasta el fin de la guerra marítima se hiciera el comercio holandés con licencias por él expedidas; que todas las avenidas de Holanda fueran custodiadas por un ejército de diez y ocho mil hombres de los cuales seis mil habian de ser franceses y doce mil holandeses, y mandados por un general francés, todos; que fuese juzgada en Paris toda presa; que hubiera una escuadra de nueve navios y seis fragatas en el Texel para el 1.º de julio del año corriente (1810); que se entregaran al fisco francés todos los cargamentos americanos introducidos en Holanda; que al punto fueran revocadas las imprudentes providencias relativas á la nobleza; que no hubiera allí mariscales; y que jamás bajara de veinte y cinco mil hombres el ejército efectivo de tierra.

Entre estas condiciones, tan dolorosas por lo menos como la privacion del trono, habia muchas que afectaban particularmente al hermano de Napoleón, harto castigado así de haber sido rey por algunos años. Doliase, sobremanera, la perdida de los territorios á la izquierda del Wahal, que iba á afligir el patriotismo de los holandeses y á empobrecer mucho su hacienda ya muy atrasada; le dolia que se atribuyera á un tribunal de Paris el juicio sobre presas, lo cual significaba una especie de traslacion de soberanía; y doliase últimamente que el ejército holandés estuviera á las órdenes de un general de Francia, lo cual era á la vez una traslacion de soberanía y una cruel humillacion. Luis rogaba, suplicaba que no se le restituyera su trono bajo condiciones tan duras; y volviéndole á sugerir su dolor la idea de una resistencia desespera-

da, trasmítala calladamente á los ministros Kra-yenhoff y Mollerus la orden de fortificar á Amster-dam y los puntos de Holanda más capaces de de-fensa; y reproducía lo ya mandado sobre negar á los franceses la entrada en las plazas fuertes de Holanda.

Pero, durante las agitaciones de este príncipe sin ventura habían bajado el Rhin é invadido el Brabante las tropas del antiguo cuerpo de Masse-na, mandadas por el general Oudinot, bajo pretes-to de guardar el país contra los ingleses. Habién-dose presentado el general Maison delante de las puertas de Berg-op-Zoom, encontrólás cerradas, é insistiendo en que le fuesen abiertas, vióse cons-treñido el gobernador á enseñarle la carta del rey en que se le prescribía negar la entrada á los fran-ceses. Temeroso el general Maison de ir más allá de las intenciones del gobierno, si, de resultas de su insistencia, se venía á las manos, detúvose bajo el cañón de la plaza con el fin de aguardar nue-vas instrucciones. Al mismo tiempo anunciaban avisos procedentes de Amsterdam que en torno de esta población se removía tierra y se construían reducidos y se armaban de artillería.

Napoleón montó en cólera al saber tales ocur-rencias: uno tras otro envió al duque de Otranto y al duque de Feltre á ver á su hermano, para exi-girle que se le abriera todas las puertas de la Ho-landa, declarando que las forzaría, si se vacilaba en obedecerle. A Luis y á sus ministros hizo res-ponsables de la sangre que se vertiera, y aun re-clamó que se le entregaran los ministros que ha-bían dado órdenes semejantes (1).

(1). Vamos á citar un despacho de Napoleón que de-

Con tan vivos colores pintaron la irritación de Napoleón el duque de Otranto y el de Feltre, muy de la confianza del rey de Holanda, que, espanta-do éste, cedió en todo, dió orden de recibir las tropas francesas en sus plazas, y consintió en la destitución de los dos ministros acusados de estí-mular á la resistencia. «Señor (escribió á su herma-no) esta noche despacho un correo con la destitu-

muestra lo muy exasperado que estaba, bien que no se haya de tomar al pie de la letra en todas sus frases, por-que en sus iras, sinceras hasta cierto grado, y fuera de este calculadas, amenazaba con mayor mal del que se proponía llevar á cabo.

Al ministro de la Policía.

«PARIS, 3 de marzo de 1810.

«Os ruego que leáis esa carta (carta de Mr. de Lar-rochefoucauld anunciando el designio de los habitantes de Amsterdam de defenderse contra los franceses), y que vayais á ponerla en noticia del rey de Holanda. ¿Se ha vuelto este príncipe totalmente loco? Si no existiera más que la carta de Mr. de Larrochefoucauld la tomaría á risa, y tendría la cosa por absurda; pero tras la respuesta del ministro holandés no puedo pensar de este modo. Le direis que ha querido perder su reino, y que nunca haré ajustes que induzcan á aquellas gentes á creer que me han intimidado. Le preguntareis si sus ministros han obra-do en virtud de órdenes suyas ó por su cuenta, y le declara-reis que si por su cuenta propia se atuvieron á tal con-ducta, mandaré que los prendan y corten la cabeza á to-dos. Si han procedido en virtud de órdenes del rey ¿qué he de pensar de este príncipe? ¿Cómo puede ya querer mandar mis tropas, violando así sus juramentos? Citareis á Mr. Roell y á Mr. Verhuel para que asistan á lo que digais al monarca. Cuidad de no desprenderos de esos documentos, y venid á verme al acabar al conferencia.»

cion del ministro Mollerus y de Krayenhoff que lo era de la Guerra; estos son los únicos autores de los preparativos y de la nota de que V. M. ha hablado. Si quiere la destitucion de algun otro, dispuesto estoy á obedecer su voluntad, apenas me sea conocida.

Destrozado por el dolor y el sufrimiento, dirigió ademas el rey Luis á su hermano la carta siguiente. «Hasta aqui no ha habido imperio de Occidente. Masosímil es que lo haya pronto... Entonces, señor, estará bien seguro de que no podré engañarme ni indisponerle. (aquí aludia el rey Luis al estado de vasallage bien definido que resultaria y facilitaria que obedecieran todos). Dignese V. M. considerar que yo carecia de experiencia, rodeado de dificultades, y pensando solo en salir del dia. Ya que estoy á punto de perder totalmente vuestra amistad y vuestro amparo, permitidme suplicaros que lo olvideis todo. Os prometo ser fiel á cuantos compromisos me impongais. Os empeño mi palabra de honor de llenarlos fiel y lealmente tan luego como los contraiga...»

Siendo la sumision del rey Luis completa, ya no podia ofrecer dificultades el arreglo de las cosas de Holanda. Línea del Wahal hasta el Krammer, es decir, línea del Rhin en su mayor extension posible; ocupación de las costas por un ejército, parte holandés, parte francés, á las órdenes de un general de Francia; juicio de presas transferido á Paris, secuestro y abandono á Francia de todos los buques americanos; armamento de una escuadra de nueve navios y seis fragatas para el dia 1.º de julio; abolicion de la dignidad de mariscal y de ciertas instituciones nobiliarias; por último, alejamiento

de los ministros que habian alentado al rey en la política anti-francesa; todo fué aceptado y contenido en un tratado, por el cual se comprometió Napoleon de su parte, á mantener la integridad de la Holanda, á lo menos la integridad de lo que no hacia suyo. No se habia excusado á Luis mas que de reducir la deuda pública á la tercera parte. Solo, con el fin de no malquistarle á los ojos de los holandeses, cuidóse de consignar en un acta diplomática secreta lo relativo al mando del ejército por un general francés, al secuestro de los buques americanos, á la abolicion de ciertas dignidades, á la exoneracion de ciertos ministros. A este acta se añadió una singular condicion, de que el rey Luis no tuviera ya embajadores en Viena, ni en San Petersburgo. Desconfiando Napoleon de las relaciones que sus hermanos pudieran anudar con estas capitales enemigas, virtualmente, impuso la misma condicion á Murat bajo pretexto de economia.

Consentidos estos sacrificios, Napoleon escribió á Luis una carta que indica perfectamente su verdadero pensamiento.

Al Rey de Holanda.

PARIS, 13 de marzo de 1810.

«Todas las razones políticas aconsejaban que incorporase la Holanda á la Francia: imponíamelo como ley la mala conducta de los hombres encargados de administrarla; pero al ver lo mucho que esto os aflige, por primera vez pospongo mi política al deseo de seros grato. Sin embargo, partid

de la idea de que es menester que los principios de vuestra administracion cambien, y de que, en dándome cualquier motivo de queja, haré lo que no hago ahora. Estas quejas son de dos clases y tienen por objeto, ó la continuacion de las relaciones de Holanda con Inglaterra, ó discursos ó actos reaccionarios y opuestos á lo que de vos debo prometerme. De aqui adelante conviene que toda vuestra conducta propenda á inculcar en los ánimos de los holandeses la amistad de Francia, y no á presentarles cuadros adecuados á excitar su aversion y á fomentar su odio nacional. En vez de hacerme dueño ni aun del Brabante, hubiera aumentado en muchos millones de habitantes la Holanda, si vuestra conducta hubiera correspondido á lo que tenia derecho á esperar de un príncipe francés y hermano mio. Lo pasado ya no tiene remedio; sirvaos lo acontecido de leccion para lo futuro. No imaginéis que hay quien me engaña; de consiguiente á nadie tengáis ojeriza: por mí propio leo todos los despachos; y sin duda supondreis que conozco la fuerza de las ideas y de las frases.

«Me habeis escrito en favor de la isla de Java. Cuestion es esta muy prematura, pues siendo tan poderosos por mar los ingleses, antes que pensar en acometer empresas, conviene poner el ahinco en aumentar las fuerzas propias. Cuento con que pronto podreis darme ayuda y conseguir que vuestra escuadra se junte á las mias.»

Tras del ajuste, cuyas condiciones se han expuesto, hubo una especie de reconciliacion entre los dos hermanos. Napoleon amaba á Luis, en cuya mocedad le habia servido de padre, y Luis le correspondia antes de que sombrías visiones se po-

sesionaran de su espíritu receloso. Despues de pasar juntos el tiempo que duraron las fiestas nupciales, marchó Luis en abril para explicar á los holandeses el último ajuste, y hacerles entender que habia tenido que optar entre los sacrificios á que se habia resignado ó la pérdida total de la independencia de Holanda; por lo que no habia titubeado en asentir á lo convenido. Tanto y mas que por él habia obrado en favor de ellos, pues mientras quedara á Holanda el principio de su existencia, podia abrigar la esperanza de ser indemnizada de sus pérdidas actuales un dia ú otro. Ademas, la mayor parte de las condiciones estipuladas solo debian durar hasta la paz, salvo las concernientes á las fronteras. Luis habia suplicado á su hermano que le resarciera de las pérdidas territoriales en Alemania, y lejos de negarse Napoleon á otorgarlo, siempre dejó traslucir que á tenor de su conducta seria remunerada la Holanda. Para que la apariencia de reconciliacion fuera mas completa, exigió Napoleon que la reina Hortensia llevara á su primogénito, el gran duque de Berg, á Holanda, y pasara alli algun tiempo al lado de su esposo. Su presencia, aunque momentánea, debia servir para que el público se persuadiera de haber sido allanadas todas las dificultades. Mas tarde, cuando se ausentara de nuevo, lo cual sucedió pronto, su salud quebrantada seria la explicacion de su ausencia.

Á tenor de sus vivos deseos Luis marchó, pues, de Paris al Haya. Por su parte Napoleon dióse prisa á expedir las órdenes que se derivaban del nuevo ajuste. Al mariscal Oudinot mandó ocupar el Brabante Setentrional y la Zelanda hasta el Wa-

hal, poseionarse definitivamente de estas provincias y secuestrar al punto, con ayuda de un destacamento de aduaneros, cuantas mercancías inglesas y cuantos géneros coloniales le fuera posible. Verosímil parecía que unas y otras se encontrarán en grande copia, figurando como depósito la Holanda, y sirviendo principalmente para introducirlos en Francia las provincias fronterizas recién incorporadas al imperio.

Después dispuso Napoleón que el mariscal Oudinot cruzara el Wahal y penetrara con tres regimientos de infantería y dos de caballería en el Norte de Holanda, dejado á Luis, mientras el general Molitor, concentrando su división hacia el Oeste de Frise, se aprestaba á entrar por el Este si lo exigían los sucesos. El mariscal Oudinot debía establecer su cuartel general en Utrech, reunir una legión de aduaneros franceses y ocupar todos los pasos navegables sin demora. Se le habia recomendado exigir la entrega de los cargamentos americanos y encaminarlos por las aguas interiores á Amberes, donde se iban á abrir el depósito y el mercado de los géneros secuestrados. Además del efecto que por virtud de estas providencias esperaba Napoleón producir en Inglaterra sobre el crédito y por el crédito sobre la opinion pública, discurría añadir al tesoro extraordinario una gruesa suma, y juntar las ventajas rentísticas á las políticas de este modo.

Entre estas ocupaciones diversas vió Napoleón terminar el mes de abril (1810), época la mas favorable para las operaciones militares en España, y este era el momento de que partiera, si persistía en dirigir personalmente la campaña decisiva

que se proponia hacer en la Península aquel año. No obstante de desearlo mucho y tan de veras que habia enviado mas allá de los Pirineos casi toda su guardia, retentando en el seno del imperio una multitud de razones. Casado el 2 de abril, no era conveniente que por ir á mandar ejércitos se apartara tan pronto de su jóven esposa: el bloqueo continental, de que se prometia muy grandes efectos, si lograba hacerlo riguroso, no podia llegar á serlo sino á condicion de que lo procurara por sí mismo: las disputas con su hermano Luis, provisionalmente finalizadas, exigian una vigilancia y una firmeza continuas, para evitar que en breve se volvieran á abrir al comercio británico las aguas de Holanda: el sistema comercial, complicadísimo de resultas de las licencias, reclamaba necesariamente nuevos reglamentos en que Napoleón se hallaba muy ocupado, cuya redaccion no hubiera confiado á nadie, lisonjándose de vencer á Inglaterra no menos por el comercio que por las armas; y finalmente, aun cuando de la negociacion confiada á Mr. de Labouchere esperase poco, no desesperaba tanto que tuviera por oportuno abandonarla enteramente, alejándose de París mientras seguia su curso. Con efecto, se acababa de ver llegar á Morlaix un comisionado británico para el cange de prisioneros, y traia instrucciones que revelaban un notable cambio en las disposiciones del gabinete de Lóndres, pudiéndose creer producido por las últimas aberturas.

Sobradas razones eran estas para retener á Napoleón en París, sin contar que, á pesar de todos, él queria la guerra de España, y queria que la hiciesen todos menos él; no porque temiera una pu-

ñalada ó un tiro, con cuyos accidentes se le amenazaba segun reiterados informes de la policia, sino porque no veia en la Península, como en Prusia, Polonia y Austria, el medio de llevarlo todo á remate con una diestra maniobra ó con una grande batalla, reduciéndose todo á una interminable série de pequeños combates detrás de un enemigo que se escapaba de entre las manos, asedios mas bien que batallas, una guerra metódica para la cual se requeria mas paciencia que genio, y facil de dirigir desde lejos como desde cerca. Solamente los ingleses podian ofrecer ocasion de importantes operaciones; pero entre los mariscales habia uno que, juntando á una rara energia las altas luces de un general en jefe, y habiéndose cubierto de nueva gloria en la última campaña, parecia idóneo para tarea semejante; este era el mariscal Massena, y no en otro se fijó la eleccion de Napoleon para oponerle á los ingleses. Por otra parte la campaña se iba á abrir con el sitio de las plazas que separan á España de Portugal, y debian trascurrir muchos meses antes de que empezaran las operaciones ofensivas, y siempre quedaba á Napoleon el arbitrio de dirigir las en persona, si lo creia necesario. Obligó pues al viejo guerrero, cansado, doliente, si bien agradecido á los magníficos galardones que le acababan de ser prodigados, á marchar hácia Portugal para dirigir contra el ejército inglés las operaciones. Le formó el mejor estado mayor que pudo; puso bajo su mando al entendido Reynier, al valiente Henot, al intrépido Ney, y le dió el general Montbrun para mandar la caballería, jefe sin par en tal arma. Además de sus brillantes logar-tenientes prometióle ochenta mil hombres, y

le hizo partir apenas repuesto de sus fatigas, colmándole de halagos, y acompañándole con sus votos y sus mas legítimas esperanzas. ¿Y quién podia suponer realmente que Massena, el primero de nuestros generales despues de Napoleon con un ejército soberbio, no diera buena cuenta de un puñado de ingleses, inferiores en número á nuestros soldados, inferiores hasta en las prendas militares, y solo iguales en la bravura? Pronto se verá lo que decidió el destino.

Despues de adoptar Napoleon estas disposiciones, proyectó hacer á Belgica un viage, aprovechando la primavera, que era muy hermosa aquel año, para enseñar su esposa á las poblaciones anhelantes por verla; para influir con su presencia sobre los belgas, á quienes convenia mucho atraer mas y mas al imperio francés con agasajos; para reconocer con sus propios ojos el teatro de la última expedicion inglesa; para disponer trabajos que imposibilitaran otra expedicion de la misma clase; para revisar las grandes obras públicas de Amberes; para inspeccionar la flota del Escalda; para observar mas de cerca la nueva marcha de su hermano, y aproximarse mas bien que alejarse de la negociacion con Inglaterra. Tratóse pues de los preparativos de este viage á fines de abril y durante mayo.

A este tiempo acababa de tomar un sesgo singular la negociacion con Inglaterra, muy difícil de creer, si documentos auténticos no le comprobaran del todo (1).

(1) Refiero los complicados negocios de Holanda, de la negociacion con Inglaterra, de la intervencion de mon-
Biblioteca popular. T. XII. 44

Napoleon habia indicado con mucha reserva el sentido en que Mr. de Labouchere estaba autorizado para continuar las aberturas comenzadas cerca del gabinete de Londres: habia mostrado cuánto tiempo podia aun sostener Francia la guerra sin padecer mucho, señalado marcadamente los puntos sobre que no transigiria, y dejado vislumbrar aquellos en que no se negaria á sacrificios. Segun el estado de los ánimos en Inglaterra, no suministraban estas indicaciones grandes medios de proseguir la negociacion y menos aun de llevarla á feliz remate. Con razon opinaba así Mr. Fouché, y tenia el buen sentido de querer la paz y de hallarla muy aceptable á tenor de las condiciones que se consideraban admisibles en Londres. Pero al buen sentido de desearla juntaba la demencia de quererla hacer por sí propio y ya que no á pesar de Napoleon sin su noticia, prometiéndose despues de haberla preparado secretamente, presentársela hecha, y fascinarle con la mágia de esta inmensa ventaja casi obtenida. Empresa insensata era la de Mr. Fouché á todas luces y bajo todos los gobiernos, mucho mas todavía bajo el de un señor tan absoluto, tan vigilante como Napoleon, y que no se concibe en un hombre de la habilidad de Mr. Fouché sino

sieur Fouché en la misma, con presencia de documentos auténticos, que espero me permitan esclarecer sucesos muy oscuros hasta ahora. Estos documentos consisten en cartas de Napoleon, del rey Luis, del ministro Champagny, de Mr. de Labouchere, de Mr. Fouché, y por último de los interrogatorios á que fueron sujetos todos los personajes comprometidos en la negociacion citada. He leído y releído todos estos documentos originales, y no aventuro ningun hecho sin tener la prueba material á la vista.

por la pasion de meterse en todo, acrecentada con la edad, la importancia adquirida, y aun (fuerza es tambien decirlo para excusarle) con la evidencia de los peligros del imperio. Le auxiliaban ó empujaban en tal camino los proyectistas, de quienes se hallaba rodeado, y de cuyos designios ya hicimos reseña, como el de restituir una porcion de la Península á los Borbones de España, el de adjudicar las colonias á los Borbones de Francia, etc.... A estos designios habian añadido otros, si por ejemplo, Napoleon no queria despojar á su hermano José de ningun territorio y restituir la España ni aun desmembrada á Fernando, cabia en el dictámen de ellos dar á Fernando las colonias españolas, reservando á los Borbones de Francia una indemnizacion bien estraña por cierto, pues era no menos que la América del Norte ¡los Estados Unidos! Véase el origen de esta concepcion fabulosa. De resultas de la ley de embargo se habian indispuerto los Estados Unidos á la par con la Francia y con la Inglaterra, siendo republicanos ingratos respecto de la primera de estas naciones y odiosos para la segunda: Luis XVI habia cometido el yerro de emanciparlos y Napoleon, como reparador de todas las faltas revolucionarias, los debia tornar á poner bajo una autoridad monárquica y europea; y parecia natural que Inglaterra se estremeciera de alborozo, viendo á los Estados Unidos restringidos en su territorio, contenidos en su vuelo y castigados por su rebeldía.

Mr. Fouché estaba dotado de muy buen seso para creer en semejantes quimeras, mas encontraba á Napoleon demasiadamente absoluto en sus condiciones, y discurria necesario que Mr. de Labouchere llevara instrucciones bastante distintas

que las que se le habian dado hasta entonces, sin lo cual la negociacion quedaria rota al comienzo y la paz seria imposible. Estrechado por Mr. Ouvrard, habiendo cometido la torpeza de iniciarle en negocio tan grave, consintió en dejarle ir á Amsterdam con el fin de ver á Mr. de Labouchere y de dirigir su correspondencia con Lóndres de manera adecuada á que la negociacion fuera seguida y no rota. Mr. Fouché estaba persuadido de que á la larga, insistiendo con suavidad y paciencia, y mas si la guerra contra España no ofrecia mejores resultas, se induciria á Napoleon á hacer el sacrificio del trono de José, de quien estaba muy desilusionado, quizá del trono de Luis, de quien estaba mas desilusionado todavia; y de que, si al mismo tiempo se procuraba contemporizar con los ingleses, de modo de no romper los tratos, se acabaria por dar con el punto en que la avenencia fuera posible, y la paz negociable; pero entendia que sin Napoleon era menester prepararlo todo, aunque, por supuesto, mientras se le guardara oculto, no se pudiera concordar nada.

Partió, pues, Mr. Ouvrard totalmente imbuido en las ideas de Mr. Fouché y, lo que era aun peor, en las suyas propias, ufano hasta no mas de intervenir en tan gran negocio, y lisonjeándose de recuperar con un servicio señalado el favor de Napoleon de muy atras perdido. Apenas llegado á Amsterdam habló en nombre de Mr. Fouché, de quien tenia muchas cartas, fué considerado por Mr. de Labouchere como el representante directo y acreditado de aquel ministro, y por consiguiente de Napoleon en persona. Así Mr. de Labouchere cobró brios, por lo que oyó y leyó, para remitir á

Lóndres nuevas comunicaciones mucho mas satisfactorias para la córte británica que las que se le habian dirigido antes. Con efecto, Mr. Ouvrard le dijo que Napoleon no se manifestaria absoluto de voluntad respecto de Sicilia, España, las colonias españolas, Portugal y Holanda; que no habia que pintarle con tal colorido ante Lóndres; que deseaba la paz y la deseaba sinceramente; que padecian engaño en Inglaterra acerca de sus disposiciones; que ademas existia á la sazón un punto comun entre él y el gabinete de Lóndres, cual lo era el deseo de castigar á los americanos por su conducta. Todos estos puntos tocó Mr. Ouvrard de una manera mas ó menos precisa, y escribió muchas notas, apremiando á Mr. de Labouchere de continuo para despacharlas á Lóndres. Teniendo Mr. Fouché la imprudencia de cooperar á negociacion tan extravagante, recurrió á un medio raro, y tal como los puede imaginar la policia, para que Mr. de Labouchere ganara crédito cerca del gobierno británico. Un desconocido, que sonaba como barón de Kolli y parecia pertenecer á la policia inglesa, se presentó en Valenzay con el fin de facilitar medios de evasión á Fernando. Se le puso preso y creyóse hacer una importante captura, que debia contrariar al gabinete británico sobremanera, pues iban á salir á la luz del sol sus maquinaciones. Mr. Fouché autorizó á Mr. de Labouchere para escribir al marqués de Wellesley en el sentido de entregarle aquel individuo, si tales eran sus deseos; con lo que juzgaba dar una prueba de buena voluntad al gabinete de Lóndres y acreditar poderosamente á Mr. de Labouchere cerca del mismo.

Como á la sazón eran raras y difíciles las comu-

nicaciones con Inglaterra, no solo por la imperfeccion de los caminos, sino tambien á causa de las hostilidades, necesitábanse doce ó quince dias para escribir y tener respuesta de una carta escrita de Amsterdam á Lóndres, de modo que esta singular negociacion podia aun durar mucho tiempo antes de llegar á aclaraciones decisivas. Entretanto Mr. Ouvrard escribia á Mr. Fouché acerca de la negociacion y suponiendo progresos que no hacia, y por su parte Mr Fouché, induciendo tambien á Mr. Ouvrard á engaño, le representaba á Napoleon como enterado y satisfecho de sus conferencias, lo cual era absolutamente falso, pues dilatando monsieur Fouché una revelacion dificil cuanto podia, se reservaba hacérsela á Napoleon cuando tuviera mayor madurez la obra.

A todo esto el emperador habia salido de París con una brillante corte, compuesta de la emperatriz, del rey y de la reina de Westfalia, de la reina de Nápoles, del príncipe Eugenio, del gran duque de Wurtzburgo, tio de Maria Luisa, del príncipe de Schwarzenberg, embajador de la corte de Austria, de Mr. de Metternich, primer ministro de esta corte y de la mayor parte de los ministrós franceses. Napoleon se proponia visitar á Amberes, Flesinga, Zelanda, el Brabante, provincias recién incorporadas al imperio, y volver por Picardía y Normandia á la capital de Francia.

Siempre los pueblos, hastiados de la monotonia de su existencia, corren y se agolpan al tránsito de los principes, cualesquiera que sean ellos, y tal vez hasta en visperas de una catástrofe los colman de aplausos. Cuando Napoleon se presentaba en cualquiera punto, el sentimiento de la cu-

riosidad y el de la admiracion bastaban para atraer la muchedumbre, y debian de ser mayores el anhelo y el entusiasmo cuando acababa de completar su prodigioso destino enlazándose en matrimonio con una archiduquesa. Y efectivamente, donde quiera que apareció entonces, fueron vivas y unánimes las manifestaciones del regocijo. Ademas su presencia anunciaba la continuacion ó el principio de obras públicas inmensas, y así no solo al grande hombre, sino al bienhechor se dirigian los aplausos.

Saliendo de Compiègne el 17 de abril, llegó á San Quintin por la tarde. Esta ciudad, ademas del establecimiento de la industria de los linones. le debia los magníficos trabajos del canal de San Quintin, seguido y llevado á término desde la época del Consulado. Se habia iluminado el subterráneo donde se unen las aguas del Sena y del Escalda, y Napoleon lo cruzó con toda su corte en barcas elegantemente adornadas, y por decirlo así, como á la luz del dia. Mientras lo atravesaba concedió al ingeniero que habia dirigido aquellas excelentes obras, Mr. Gayant, una buena pension con un grado en la Legion de Honor, y salió en seguida para Cambrai y el castillo de Laeken. Solo al regreso debia visitar á Bruselas.

A 30 de abril se embarcó en el vasto canal que desde Bruselas va á juntarse con el Ruppel y por el Ruppel al mismo Escalda. Todas las canoas de la grande escuadra de este rio, empavesadas de mil colores y con tripulaciones de las naves á bordo, se adelantaron á su encuentro, y le llevaron por encima de las sometidas aguas de la Bélgica con la velocidad de los vientos. Esta escuadrilla imperial

iba mandada por el ministro de marina Decrès y por el almirante Missiesey, que durante la expedición de Walcheren habia acreditado tanta sangre fria. Muy en breve llegaron á vista de la escuadra de Amberes, creada por Napoleon y recientemente librada de la tea de los ingleses. Todos los navios, fragatas, corbetas, lanchas cañoneras, guarnecian la bahía: María Luisa pasó bajo el fuego inofensivo de mil cañones, que á todos sus sentidos conmovidos ofrecian el testimonio del poderío de su esposo.

Su entrada hizo la corte imperial en Amberes por entre las poblaciones belgas, que se agolparon á recibirla, olvidadas de sus sentimientos hostiles ante espectáculo tan grande. Mucho tenia que hacer Napoleon en Amberes, y se detuvo allí varios dias. La paz continental permitiale dar vado á sus proyectos concernientes á la marina del imperio y á la de los estados aliados: de cuarenta y dos navios iba á disponer aquel año, nueve prometidos en el Texel para el dia 4.º de julio, diez que á la sazón habia en Amberes, dos en Cherburgo, tres en Lorient, diez y siete en Tolon, uno en Venecia: calculaba tener setenta y cuatro en 1811; ciento ó ciento diez en 1812, capaces, con agregar la cantidad necesaria de fragatas y de corbetas, de recibir á bordo ciento cincuenta mil hombres con rumbo á cualesquiera destinos.

Para llegar á este número necesitaba tener nueve mas en Amberes dentro de un año, y con este objeto aumentar los astilleros y reunir en aquel predilectísimo puerto las maderas y los operarios. Napoleon expidió las órdenes convenientes, é hizo que en su presencia se botara al agua un

navio de ochenta cañones, que entró magestuosamente en el Escalda á los ojos de la emperatriz y ante el clero de Malinas, convidado á esta naval ceremonia. A su lado tenia Napoleon al principe Eugenio, á quien deseaba enseñar lo que hacia en las lagunas de Flandes, para que en las del Adriático hiciera otro tanto. Cuando se tiene la tierra, se tiene el mar (repetia espontaneamente) con tal que se anhele y se tenga tiempo, ¡Tiempo! ¡Cabalmente solo se puede ganar con cordura, y pronto Napoleon se iba á privar de tal ventaja!

Su hermano Luis vino á verle, y aun cuando menos agitado, aparecia siempre muy triste, triste de su propia tristeza y de la de su pueblo, sobre el cual cayeron á la vez tantas aflicciones. De animarle trató Napoleon enseñándole todo lo que hacia en Amberes y lo que se proponia llevar á cabo; recomendóle eficazmente que tuviera pronta su escuadra en el Texel para el dia 4.º de julio: le reveló los vastos proyectos marítimos; le anunció cómo iba á encaminar sus tropas hácia las costas; que dentro de poco tendria aprestadas en las bocas del Escalda, en Brest y en Tolon vastas expediciones, capaces de llevar á bordo ejércitos enteros; que Massena iria sobre Lisboa al frente de ochenta mil hombres; que dentro de dos meses se estrecharia vivamente á los ingleses en todas partes, y que pronto se les haria insoportable esta guerra, á que parecian estar acostumbrados, sobre todo si con el bloqueo rigorosamente observado se les atacaba fuertemente en los intereses mercantiles.

Con este motivo, Napoleon habló de la negociacion de Labouchere á su hermano. Por rara casualidad habia encontrado y visto al paso á mon-